

nácar poco formados todavía y que su camiseta de tul dejaba adivinar bastante.

Su inocencia no dejaba de dar un tono picante al talento de que estaba dotada, y horas enteras me pasaba á su lado disfrutando singularmente en hacerla hablar.

Decía mil deliciosas tonterías unas veces con una fineza de intención extraordinaria y otras sin comprender el verdadero valor que tenían en el mundo, lo que todavía prestaba más atractivo á su conversación.

Yo le daba bombones y pastillas que llevaba expresamente para ella en una caja de concha, lo cual la agradaba mucho, porque era golosa en grado superlativo.

Tan luego como yo llegaba corría á recibirme y á tocarme los bolsillos para ver si encontraba la bienhechora bombonera.

Yo la hacía pasar de una mano á otra, de donde resultaba un pequeño combate del cual ella concluía por ser la vencedora, apoderándose del botín.

Un día me llamó la atención que no viniera como de costumbre en busca de las ordinarias golosinas, sino que por el contrario me saludase con un aire algo grave, permaneciendo sentada en su silla.

—¿Que es eso, Ninon?—la dije.—¿Es que no os encontráis bien ó teméis que los bombones os estropeen la dentadura?

Y al decir esto golpeaba la caja que llevaba en

el bolsillo donde se agitaban todas aquellas maravillas de azúcar que tanto la agradaban.

Ella avanzó su lengüecita hasta el borde de la boca relamiéndose los labios como saboreando la ideal dulzura del bombón ausente, pero no se movió de su sitio.

Entonces saqué la caja del bolsillo, la abrí y me puse á evacuar religiosamente las pastillas que había, que eran precisamente de las que á ella le gustaban más.

El instinto de la gula fué en ella por un momento más fuerte que su resolución.

Se levantó, extendió la mano, pero la retiró inmediatamente, diciendo:

—No, que yo no soy una niña para comer golosinas.

—¡Hola, hola!—exclamé yo sonriendo.—No me había apercebido de que hubieseis crecido desde la semana pasada. ¿Sois acaso como los hongos, que crecen en una noche? Venid, venid; aproximaos que os voy á medir.

—Reid tanto como queráis,—replicó haciendo un gesto encantador.—Ya no soy una niña y muy pronto seré grande.

—Excelentes resoluciones en las cuales es necesario perseverar. ¿Y podría saberse, querida señorita, en virtud de qué se os han ocurrido semejantes ideas? Hace ocho días parecía encontraros muy contenta con ser pequeña y comiais las pastillas sin preocuparos en lo más mínimo de que comprometiais vuestra dignidad.

La niña me miró con un aire particular. Dirigió la mirada á su alrededor y cuando estuvo convencida de que nadie podía escucharnos se acercó á mí y de un modo misterioso me dijo:

—Es que tengo un novio.

—¡Diablo! Ya no me sorprende que no hayáis querido pastillas. Y sin embargo, habéis cometido una tontería no tomándolas, porque de ese modo habríais podido jugar con él ó trocarlas por un volante ó por cualquiera otro juguete.

La niña hizo un desdenguado movimiento de hombros y me miró con un aire de piedad que me llamó la atención.

Y como continuaba conservando su actitud de reina ofendida, la dije:

—Vamos á ver, ¿cómo se llama ese personaje? Supongo que será Arturo ó Enrique.

Estos eran dos niños con los cuales acostumbraba á jugar y á los cuales llamaba sus mariditos.

—No, señor,—repuso fijando en mí su mirada clara y transparente;—no es ni Arturo ni Enrique. Es un caballero así.

Y levantó su mano por encima de su cabeza como para darme una idea de la altura del que ella llamaba su marido.

—¡Es tan alto!—exclamé yo.—Eso es muy grave, hija mía. ¿Y quién es ese novio tan alto.

—Señor Teodoro, yo creo que os lo debo decir, pero es preciso que no habléis á nadie de esto, ni á mamá ni á Jolly (que era su aya), ni á vuestros

amigos, porque se burlarían de mí diciendo que era una niña.

Le prometí el secreto más absoluto porque realmente tenía curiosidad por conocer quien era aquel galante personaje y la pequeña, viendo que yo tomaba la cosa á broma, vacilaba en hacerme la confesión completa.

Pero tranquilizada por la palabra de honor que la dí de guardar cuidadosamente aquel secreto, abandonó su asiento, se apoyó en el respaldo del mío y me dijo al oído muy bajito el nombre del príncipe desconocido.

No pude menos de estremecerme.

Aquel novio era el caballero G***, un animal fangoso y despreciable con una moral indigna y un físico de tambor mayor, el hombre más crápulo, más libertino que es posible imaginarse. Un verdadero sátiro en toda la extensión de la palabra.

Esto me inspiró ciertos temores por la pobre Nínon y formé el propósito de salvarla.

Otras personas entraron en aquel momento y la conversación quedó allí.

Me retiré á un rincón de la sala buscando en mi pensamiento un medio para cortar que las cosas fuesen demasiado lejos, pues habría sido un verdadero crimen que una criatura tan deliciosa fuera presa de un bribón como aquel.

La madre de la niña era una especie de mujer galante en cuya casa se jugaba, bajo la capa de reuniones más ó menos artísticas.

Allí se leían muy malos versos y en cambio se perdían muy buenos escudos y váyase lo uno por lo otro.

Amaba muy poco á su hija, que constituía una fe de bautismo viviente, que estaba demostrando siempre la falsedad de su cronología.

Por otra parte, la niña iba creciendo y sus nacientes encantos daban lugar á comparaciones que no eran muy ventajosas para la madre, un poco deslustrada ya por el frotamiento de los años y de los hombres.

La pobre criatura estaba casi completamente abandonada y sin defensa alguna á las aspiraciones de los famosos familiares de la casa.

Si su madre se ocupaba de ella, probablemente sería para sacar un buen partido de su juventud y hacerse una quinta á costa de su belleza y de su inocencia.

De todos modos, la suerte de aquella criatura no era dudosa.

Profunda pena me causaba aquella hermosa niña que seguramente merecía algo mejor.

Era una perla de las más bellas aguas, destinada á perderse en aquel lodazal infecto.

Esta idea me afectaba de tal manera que resolví á toda costa sacarla de aquella afrentosa mansión.

Lo primero que había que hacer era impedir que el caballero continuase persiguiéndola.

Para esto lo que encontré mejor y más sencillo era promoverle una querrela y obligarle á batirse conmigo.

Gran trabajo me costó, porque él era muy poltrón y bastante cobarde.

Por fin tanto le dije y tan mordaces fueron mis palabras que no tuvo más remedio que salir al campo, aún cuando fuese contra su voluntad.

Me ví obligada á decirle que iba á molerle el cuerpo á palos mi criado si no presentaba mejor aspecto.

Manejaba perfectamente la espada, pero de tal modo le turbaba el miedo, que apenas se cruzaron nuestras armas, encontré medio para administrarle una buena estocada de punta, que cuando menos le había de retener quince días en la cama.

Esto me bastaba, porque no tenía deseos de matarle. Mi tunante colocado entre sábanas y cubierto de vendajes no podía ya ser obstáculo para mis proyectos, faltándome únicamente decidir á la pequeña para que abandonase la casa, lo cual no era muy difícil.

La conté un cuento respecto á la desaparición de su novio, por quien estaba muy inquieta, diciéndole que se había marchado con una cómica de la com-

pañía que había estado en C*** poco antes, lo cual como tú puedes considerar la llenó de indignación.

Pero ya la consolé, hablándola todo lo peor respecto al caballero, haciéndola observar que era feo, borracho y concluir por preguntarla si quería mejor que yo fuese su galán.

Respondió que sí, porque yo era más guapo y mis trajes eran mejores.

Esta inocencia dicha con una seriedad extraordinaria me hizo reír y tanto la dije, que por fin la decidí á que abandonase la casa.

Algunos ramilletes, otros tantos besos y un collar de perlas que le regalé la encantaron hasta el extremo.

Hice que le cortaran un traje de paje muy elegante y muy rico, poco más ó menos para su estatura, compré un caballito manso y fácil de montar, pero buen corredor para seguir al mío, y hecho todo esto la indiqué que al obscurecer estuviera en la puerta, lo que cumplió pausadamente.

Pasé á caballo por delante de la casa, salió ella, le pedí la mano, apoyó su pié á la punta del mío y saltó ligeramente á la grupa, porque tenía una agilidad maravillosa.

Apliqué las espuelas á mi caballo y cruzando algunas calles desiertas, encontré medio de llegar hasta mi casa sin que nadie nos viera.

La hice quitar su vestido para ponerse el que le mandé hacer, sirviéndola yo mismo de camarero.

Al principio tuvo un poco de escrúpulo porque quería vestirse ella sola, pero le hice comprender

que así pasaría mucho tiempo y además siendo mi querida no había el menor inconveniente, puesto que así se practicaba entre amantes.

No era necesario tanto para convencerla y se prestó á todo con la mayor gracia del mundo.

Su cuerpo era una maravilla de delicadeza. Sus brazos un poco delgados como los de toda joven, eran de una suavidad de líneas inexplicable y su naciente pecho hacía tan encantadoras promesas que acaso otro más formado hubiera podido compararse con él.

Conservaba todavía las gracias de la niña, y además todo el encanto de la mujer.

Estaba en ese período adorable de transición entre la niña y la mujer, período fugitivo, época deliciosa donde la belleza estallará de esperanza y donde cada día, en vez de arrebatar algo á vuestros amores, les añade nuevas perfecciones.

El traje nuevo le sentaba á las mil maravillas, dando á su rostro cierto aire picaresco que le hacía doblemente interesante.

Cuando la llevé el espejo para que se mirase y juzgara el efecto de su *toilette*, no pudo menos de echarse á reír.

La hice tomar algunos bizcochos mojados en vino de España á fin de que adquiriese fuerzas para soportar las fatigas del viaje que íbamos á emprender.

Como los caballos nos esperaban ya, montamos en ellos y partimos.

Había cerrado la noche por completo, y algunas luces que se iban extinguiendo poco á poco, demostraban que la tranquila ciudad de C... iba entregándose al reposo como toda ciudad de provincia cuando suenan las nueve de la noche.

No podíamos ir muy deprisa, porque Ninon no estaba acostumbrada á aquel ejercicio, y cuando su caballo arrancaba al trote se agarraba con todas sus fuerzas al arzón de la silla.

De cualquier modo que fuese, al amanecer ya nos encontrábamos bastante lejos de la ciudad para que se nos pudiera cojer, á menos que no se hiciesen muy extraordinarias diligencias. Pero no lo creía, y en caso de que se hiciesen algunas pesquissas, saldrían siempre en una dirección opuesta á la que hablamos tomado.

Yo me interesaba en gran manera por la pequeña! No te tenía á mi lado, querida Graciosa, y sentía una imperiosa necesidad de amar á cualquiera; de tener junto á mí, ya fuese un perro, ya un niño á quien poder acariciar familiarmente, y Ninon significaba esto para mí.

Dormía en mi mismo lecho, y para dormirse pasaba sus brazos al rededor de mi cuerpo.

Se creía inocentemente mi querida y no dudaba que fuese un hombre.

Su juventud y su inocencia la sostenían en este error que yo me guardé muy bien de disipar.

Los besos que le daba completaban su silencio porque su idea no iba muy lejos y sus deseos no hablaban tan alto todavía para hacerla suponer otra cosa. Por lo demás, ella no se engañaba sino á medias.

Y realmente entre ella y yo existía la misma diferencia que entre los hombres y yo.

Ninon, era tan diáfana, tan esbelta, tan ligera y de una naturaleza tan delicada, que comparándola conmigo, mujer también, ella parecía verdaderamente la mujer mientras que yo á su lado aparecía una Hércules.

Soy alta y morena; ella es pequeña y rubia. Sus facciones son tan suaves, tan finas, que hacen resaltar las mías y aparecen duras y austeras.

Su voz es un murmullo melodioso y mi voz al lado de la suya es áspera y fuerte.

Un hombre que la cogiera la rompería en pedazos y siempre estoy temiendo que el viento se me la lleve el día menos pensado.

Quisiera poder encerrarla en una cajita y llevarla colgada al cuello.

No puedes figurarte, amigo mío, cuánta gracia y cuánta discreción atesora esta criatura, y hubiera sido ena verdadera desgracia que hubiese permanecido al lado de su indigna madre.

Experimento una maligna alegría al pensar que

puedo ocultar este tesoro á la rapacidad de los hombres. Yo soy el incorruptible guardián que impedirá que ninguno se le aproxime y ya que yo no puedo obtener de ella cierta clase de favores, al menos impediré que otros los alcancen. Idea consoladora siempre, digan lo que quieran los necios destructores del egoísmo.

Me propongo conservarla así largo tiempo en la ignorancia que se encuentra, y guardarla á mi lado hasta que ella quiera permanecer ó que yo pueda asegurarle una suerte.

Con su trajecillo de paje, la llevo en todos mis viajes por uno y otro lado, y esta clase de vida la divierte mucho y la distracción que experimenta la hace soportar perfectamente las fatigas.

Por donde quiera que voy no escucho más que elogios por la belleza de mi paje, y no dudo que haya hecho nacer en alguien la idea precisamente inversa de lo que es. Muchos pretenden aclararla, pero yo no dejo que nadie hable con la pequeña, y los curiosos se quedan sin poder satisfacer su curiosidad.

Cada día descubro en esta niña alguna nueva cualidad que me hace quererla más y me ratifico en mi resolución. Ningún hombre es digno de poseerla y hubiera sido muy deplorable que tantos encantos de cuerpo y de alma hubiesen sido entregados á sus apetitos brutales y á su clínica depravación.

Únicamente una mujer pudiera quererla con la delicadeza y la ternura que merece.

Una condición de mi carácter que no ha podido desplegarse en otra clase de unión y que hoy la comprendo muy bien, es la necesidad y el deseo que tengo de proteger al que lo merece, obligación que en realidad tiene el hombre.

Y me hubiera disgustado mucho si hubiese tenido un amante que se diera aires de pretender defenderme por la sencilla razón de ser éste como he dicho, un deseo que quiero realizar con las personas que me agraden. Mi orgullo se encuentra más satisfecho concediendo protección que recibéndola, por más que esto último sea más agradable.

Así es que estoy contentísimo de otorgar á mi querida niña todos los cuidados que necesita como ayudarla en los caminos difíciles, tener la brida y el estribo para montar á caballo, servirla en la mesa, desnudarla y meterla en la cama, defenderla si alguno se le propasa, y finalmente hacer por ella lo que el amante más apasionado y más solícito haría por la mujer adorada.

Voy perdiendo insensiblemente la idea de mi sexo, y apenas si recuerdo alguna vez que soy mujer.

Al principio se me escapaba con frecuencia sin pensarlo, alguna cosa que no estaba en armonía con el traje que llevaba; pero hoy no me sucede semejante cosa, y hasta ahora mismo, cuando te escribo á tí, que estás en mi secreto, en ciertos adjetivos advertirás una virilidad completamente inútil.

Si se me ocurriese la idea de ir á buscar mi traje de mujer en el cajón donde lo dejé guardado, lo que dudo mucho, á no ser que me enamorase de algún hombre, estoy segura que no perdería esta costumbre, y en vez de ser una mujer disfrazada de hombre, parecería un hombre disfrazado de mujer.

Y si te he de hablar francamente, ni el uno ni el otro sexo es el mío, porque no tengo ni la sumisión femenil, la timidez y las debilidades de la mujer, ni tengo tampoco los vicios de los hombres, su crápula repugnante y sus brutales caídas. Yo pertenezco á un tercer sexo, sexo aparte que todavía no tiene nombre, inferior ó superior á los otros, más defectuoso ó mejor.

Tengo el cuerpo y el alma de una mujer, el espíritu y la fuerza de un hombre, y tengo mucho ó muy poco del uno y del otro, para poderme unir á uno de ellos.

¡Oh! Graciosa, jamás podré amar completamente á un hombre ó á una mujer. Algo desconocido se agita siempre en mí, y el amante ó la amiga no responden más que á una sola faz de mi carácter.

Si yo tuviera un amante, lo que hay de femenino en mí, dominaría algún tiempo á lo que tengo de viril, pero esto duraría poco y comprendo que no quedaría contenta sino á medias.

Si tengo una amiga, la idea de la voluptuosidad corporal me impide disfrutar por completo la pura voluptuosidad del alma, de modo que no sé detenerme y estoy flotando perpetuamente del uno al otro.

Mi deseo sería participar á la vez de los dos sexos para satisfacer esta doble naturaleza.

Hombre hoy, mujer mañana, reservaría para mis amantes mis lánguidas ternuras, mi sumisión y mis más tiernas caricias, mis suspiros melancólicamente lanzados y todo cuanto hay en mi carácter de la mujer. Después, con mis queridas, sería audaz, atrevido, apasionado, con las maneras del triunfador, el sombrero sobre la oreja y el aspecto de capitán y de aventurero.

Así, mi naturaleza se produciría toda entera al día, y sería completamente dichosa porque la verdadera felicidad consiste en poderse desenvolver libremente en todos sentidos, y ser uno, todo lo que puede ser.

Pero como esto es imposible, hay que desearlo.

Yo había robado á Ninon con la idea de no pensar en todo aquello y concentrar en una sola persona, esta vaga ternura que inunda mi alma. La había tomado como una especie de desahogo, para mis facultades amantes, pero bien pronto he reconocido, á pesar del afecto que la profeso el vacío

inmenso, el insondable abismo que existe en mi corazón, pues, sus más tiernas caricias me satisfacen muy poco.

He resuelto ensayar con un amante, pero me paso mucho tiempo sin encontrar alguno que me agrade.

He olvidado decirte, que Rosita habiendo descubierto donde yo estaba, me escribió una carta suplicándome que fuese á verla.

No podía rehusarlo, y fui á verla á la quinta, donde estaba, é ido después muchas veces y ultimamente estoy á su lado.

Desesperada de no haberme podido tener por amante, se lanzó en el torbellino del mundo y de la disipación como todas las almas tiernas, que no son religiosas, y que han sido desgraciadas en su primer amor. Tuvo muchas aventuras en poco tiempo, y la lista de sus conquistas era bastante numerosa, porque no todo el mundo tenía las mismas razones que yo para rechazarla.

Está con ella un joven llamado Alberto, que es su amante, y á quien he causado una impresión especial, y que desde los primeros momentos se ha unido á mí, con una amistad extraordinaria.

Aún cuando él la trata con mucha distinción, y usa con ella unas formas sumamente tiernas en el fondo, no ama á Rosita.

Y no es por saciedad, ni por disgusto, sino por que ella no responde á ciertas ideas verdaderas, ó falsas que él había concebido respecto al amor, y á la belleza.

Una nube ideal, se interpone entre ella y él, impidiéndole que sea todo lo dichoso que debe ser.

Es indudable que su sueño no se ha realizado, y suspira por otra, pero no la busca y permanece fiel á unos vínculos que le pesan, porque en su alma existe un poco de delicadeza y de honor, y su corazón no está tan corrompido como su espíritu.

No sabiendo que Rosita, había estado, y está todavía enamorada de mí, aún cuando conoce otras de sus intrigas anteriores, teme afligirla, dejándolo entender que no la ama. Esta convicción le detiene, y se sacrifica con la mejor buena fe.

Mi aspecto le agrada extraordinariamente, porque concede una gran importancia á la forma exterior, y tan es así, que se ha enamorado de mí, á pesar de mi traje masculino, y de la espada que llevo al costado.

Estoy satisfecha de la finura de su instinto, y le concedo alguna situación por haberme distinguido bajo estas engañadoras apariencias.

Al principio se creyó, que había incurrido en el gusto depravado, y yo me reía interiormente viéndole atormentarse de aquel modo.

Algunas veces cuando me miraba, tomaba un aspecto tan furioso, que me divertía, pues el impulso que sentía, le parecía sin duda un impulso diabólico, al cual no podía resistir.

En esas ocasiones, se arrojaba sobre Rosita con verdadera furia, esforzándose por recobrar sus costumbres amorosas, más ardientes y exageradas.

Después volvióse hacia mí, más enamorado que antes.

Por fin se le ocurrió la luminosa idea, de si yo sería una mujer, y para convencerse, se puso á observarme y estudiarme con la más minuciosa atención.

Debe conocer particularmente cada uno de mis cabellos, y saber ciertamente la espeso de mis párpados.

Mis pies, mis manos, mi cuello, mis mejillas hasta la menor elevación de mis labios, él lo ha examinado todo, todo lo ha comparado, analizado, y de esta investigación donde el artista ayudaba al amante, ha resultado para él, claro como el día, que yo soy una mujer y además su ideal, el tipo de su belleza, la realidad de su sueño.

No le quedaba más que un solo medio, para justificar plenamente mi deseo, una comedia que representamos, y en la cual, yo aparecía vestida de mujer, y esto le decidió completamente.

Le dirigí algunas miradas algo equívocas, y me serví de ciertos pasajes de mi papel referentes á nuestra situación, para exaltarle y obligarle á declararse.

Porque si no le amo con pasión, me agrada lo suficiente para no dejarle escapar, y como desde mi transformación, él ha sido el primero en sospechar que yo sea una mujer, es muy justo que le ilumine sobre punto tan importante, y estoy resuelta á no dejarle la menor sombra de duda.

Multitud de veces ha venido á mi habitación con

su declaración en los labios, pero no se ha atrevido á hacerla, porque efectivamente es difícil hablar de amor á una persona que viste traje masculino.

No atreviéndose á hacerlo verbalmente, me ha escrito una larga carta muy pindarica donde me esplica fuerte y estenso, lo que yo estoy harto de saber.

No se que hacer. ¿Admitir su demanda, ó rechazarla?

Esto último sería inmoderadamente virtuoso. Por otra parte, experimentaría el pobre Alberto, un gran dolor viendo que era rechazado.

Si hacemos desgraciados á los que nos aman, ¿que guardaremos entonces para los que nos aborrecen?

Quizás sería lo más conveniente, hacerse la cruel, durante algún tiempo, y esperar por lo menos un mes antes de arrojar la piel de tigre, para quedarse humanamente en camisa.

Pero una vez que estoy resuelta á ceder, lo mismo es que sea ahora que más tarde.

No puedo concebir esas hermosas resistencias matematicamente graduadas, que hoy conceden una mano, al día siguiente otra, después el pie, más tarde la pierna, hasta la liga únicamente, y que se enfurecen si se quiere traspasar una sola línea del terreno que se han propuesto franquear nada más.

Me causan risa esas Lucrecias metódicas, que parecen retroceder con todas las señales del terror